

EL ESPECTADOR SEVILLANO

DEL VIÉRNES 3 DE NOVIEMBRE DE 1809.

¿De que le sirven á la Francia las conquistas de Bonaparte?

Desde que las naciones europeas empezaron á reflexionar sobre su situacion y seguir planes arreglados en su conducta política, las guerras, estos crueles azotes de la humanidad, han tenido siempre un objeto fijo, que se han propuesto las potencias beligerantes, para gozar de él despues del movimiento tumultuoso de los combates. Las guerras de Italia baxo Fernando el Católico, las que sostuvo Carlos V contra Francisco I y Felipe II contra Henrique IV tuvieron por objeto decidir qual de las dos potencias, la España ó la Francia, habian de dar la ley en Europa. La sangrienta guerra de 30 años acabó con la libertad del septentrion de Alemania: en las guerras marítimas del siglo 18 se disputaban las ventajas del comercio; y ha sucedido frecuentemente que cansados de lidiar entrambos partidos, han renunciado á sus proyectos primitivos por los quales habian derramado tanta sangre y se han dado por contentos con el descanso de la paz.

Las guerras emprendidas por la ambicion de las conquistas han sido por lo regular mas funestas á la nacion poderosa que queria usurpar, que á las naciones débiles que trataban de defenderse. Porque si vencia, su monarca era el que gozaba del triunfo adquirido á costa de su sangre y tesoros; y si era vencido, ella y no su monarca era la que sentia todo el infortunio de su derrota. Por esta razon, conforme se ha perfeccionado la política de las naciones, se han conocido mas bien las funestas consecuencias del espíritu de conquista; y las naciones, en quienes hay libertad, se las han prohibido enteramente á sus monarcas. Perfeccionar la agricultura y la industria nacional, animar el comercio, las ciencias y las artes, proteger la seguridad pública, y prolongar los beneficios de la paz sobre los ciudadanos: he aqui las verdaderas conquistas de un gobierno ilustrado. To-

das las naciones tienen lo bastante para vivir felices y contentas: y esta felicidad no debe ser robada por los sueños ambiciosos de sus monarcas.

Si se quieren exemplos de esta verdad, contémplese la Suecia despues de Carlos XII, la España despues de Felipe II, la Francia despues de Luis XIV. Estas potencias pueden servir de escarmiento á todas las naciones, cuyos reyes están poseidos del delirio de las conquistas. ¿De donde nace que despues de tantas reflexiones, de tantos exemplos como presenta la historia en todas épocas, todavía se encuentre esta ansia de dominar, esta sed de derramar la sangre humana, esta ambicion de gloria y de territorios, que devora al gobierno de una nacion, como la francesa, tenida por una de las mas ilustradas de Europa? La Francia, que ha visto nacer todos los males que sufrió durante el siglo XVIII de la ambicion de Luis XIV; la Francia, que sufrió tantos desastres como hizo sufrir á la Europa; la Francia, cuyo territorio extendido y cuyos poderosos recursos la ponen al abrigo de qualquiera invasion, ¿puede participar de la ciega ambicion de Bonaparte? ¿Puede engreirse en sus triunfos tan dolorosos para ella y para la humanidad? ¿Puede gloriarse de sus conquistas, que además de serle inútiles le son funestas por la ruina de su comercio y marina? No es creible. Nadie podrá persuadirse á que la parte sensata de la nacion francesa mira con placer las costosas victorias de su emperador, sino á que el despotismo, que sucedió al abuso y al fastidio de la libertad, obrando primero por la opinion y despues por la violencia, ha convertido los habitantes de aquel pays en otros tantos instrumentos pasivos de subyugacion.

Jamas persuadirá Bonaparte ni á su nacion ni á las extrañas, que las guerras que ha provocado y eternizado sobre la faz de la Europa, son útiles á la Francia. ¿Que le importa á esta que José Napoleon reine en España, Murat en Nápoles, y Gerónimo y Luis, en Westphalia y Holanda? ¿Qué le importa que su xefe se llame Protector de la confederacion del Rhin, y que tenga reyes y grandes duques en la numerosa comitiva de sus esclavos? „Lo que nos importa dirá todo frances instruido, es conservar relaciones de amistad y comercio con estas naciones; y no consentir, que alguna otra mas poderosa que ellas las subyugue.” Hé



aquí los principios de una política justa y liberal. Pero perder su comercio y marina, prodigar sus tesoros y consentir que se derrame la mas pura porcion de su sangre por acomodar la familia de Napoleon, y porque no se tire un cañonazo en Europa sin que él lo mande, es sacrificar la felicidad propia á una insaciable ambicion y á una vanidad ridícula.

A estas reflexiones tanto mas convincentes, quanto mas sencillas se pueden hacer y aun se han hecho ya las tres objeciones siguientes. Primera: „Bonaparte, dicen sus agentes, procurando la elevacion de su familia, procura al mismo tiempo la felicidad de la Francia. Aquellas naciones en que reynen sus hermanos ó sus parientes, serán eternas aliadas de la nacion francesa, á cuya sangre habrán debido sus monarcas la exaltacion al trono. La Europa, gobernada de esta manera por una sola familia, se considerará siempre como un solo pueblo y la tranquilidad será eterna.” ¡Eterna! ¿Pues acaso respeta la ambicion los lazos de la amistad ni de la sangre? Aun quando Bonaparte realizase todos sus proyectos, aunque en su último momento tuviese el placer de ver toda la Europa baxo sus órdenes por medio de los monarcas que le ha dado, ¿quien le asegura que despues de su muerte ninguno de los monarcas subalternos aspiraria a el lugar supremo que él dexaba vacante? ¿Quien le asegura que su successor al trono de Francia podria ser mirado como el superior de los reyes europeos? ¿Quien le asegura que la ambicion, la audacia y el genio del mal, que lo elevaron á él al trono desde la oscuridad de la vida privada no incitaria á alguno de sus parientes á aspirar á la monarquía universal? En este caso, nuevas guerras, cuyo exámen y exemplo habia dexado Napoleon, volverian á desolar el mundo, sin que la humanidad viese el fin de sus desgracias, ni aun en esperanza. La Francia no habria sacado mas partido de las guerras actuales, que verlas prolongadas sin límites á la discrecion de los déspotas.

La segunda objecion es uno de los pretextos eternos de Bonaparte: establecer el regimen representativo y la libertad política en Europa.” La Europa le diera las gracias, si por medio de la ilustracion y el exemplo tratara de lograr esos fines. Pero los misioneros de la libertad con las cadenas en una mano y el sable en la otra, no creo que harán muchas conversiones voluntarias. Ademas, ¿que

significan todas esas constituciones, mal recibidas por las naciones subyugadas, odiosas á los grandes que abaten y á los pequeños cuya suerte no mejoran, que consiste solo en palabras, estableciendo en la realidad el despotismo de los emperadores romanos, y que establece cuerpos legislativos sin fuerza, sin dignidad ni vigor? Todas las naciones saben ya que las constituciones dadas por Bonaparte hacen la mayor injuria á la libertad, organizando baxo sus formas el despotismo mas absoluto.

Tercera. „Bonaparte no ha tenido otro medio para humillar á la Inglaterra, que apoderarse de todo el continente y cerrarle sus puertos á su eterna enemiga.” Ha tomado precisamente el medio mas oportuno para conseguir su fin. La fuerza de Inglaterra consiste en su marina: luego mientras mas ocasiones le proporcione Bonaparte de arruinar la marina de las potencias del continente, tanto mas se aumentará el poder relativo de la nacion británica. Las pérdidas marítimas de España, Dinamarca y Holanda, son debidas á la alianza de estas potencias con la Francia.

Pero „el comercio ingles padecerá, cerrándole todos los puertos del continente.” Le queda el extensísimo comercio de contrabando que hacen los ingleses aun en la misma Francia, y que el gobierno frances tolera por la utilidad de sus vasallos, les queda el comercio del Asia y América, que hacen ellos solos en tiempo de guerra; y mientras todo el continente siente en la industria y en la agricultura, fuentes primordiales de las riquezas públicas, las funestas consecuencias de la ruina de su comercio, la Inglaterra, libre é independiente por sus mil naves, por los mares que la rodean y por el patriotismo de su pueblo y gobierno, verá aumentarse diariamente su seguridad, sus riquezas y su amor á la libertad, que la ha conservado ilesa en medio de la devastacion del mundo.

Pero nos cansamos en vano en disipar estas objeciones cuya futilidad conoce el mismo Bonaparte. Su objeto no es el bien y la grandeza de la Francia, sino la satisfaccion de su ambicion á la elevacion de su familia. Pudo haber llegado al templo de la inmortalidad por la senda del heroismo moderado y pacifico: y ha preferido los sangrientos laureles de la victoria, que lo harán para siempre execrable á los ojos del género humano.